

jico y Tlatelulco, que son los mayores, las tienen grandísimas. Especial lo es una dellas, donde se hace mercado los mas días de la semana; pero de cinco en cinco días es lo ordinario, y creo que la órden y costumbre de todo el reino y tierras de Moteczuma. La plaza es ancha, larga, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta y aun cien mil personas, que andan vendiendo y comprando; porque como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda la comarca, y aun léjos. Y mas todos los pueblos de la laguna, á cuya causa hay siempre tantos barcos y tantas personas como digo, y aun mas. Cada oficio y cada mercadería tiene su lugar señalado, que nadie se lo puede quitar ni ocupar, que no es poca policía; y porque tanta gente y mercaderías no caben en la plaza grande, repártenla por las calles mas cerca, principalmente las cosas engorrosas y de embarazo, como son piedra, madera, cal, ladrillos, adobes y toda cosa para edificio, tosca y labrada. Esteras finas, groseras y de muchas maneras; carbon, leña y hornija; loza y toda suerte de barro pintado, vidriado y muy lindo, de que hacen todo género de vasijas, desde tinajas hasta saleros; cueros de venados, crudos y curtidos, con su pelo y sin él, y de muchos colores teñidos para zapatos, broqueles, rodela, cueras, aforros de armas de palo. Y con esto tenían cueros de otros animales, y aves con su pluma, adobados y llenos de yerba, unas grandes, otras chicas; cosa para mirar, por las colores y extrañeza. La mas rica mercadería es sal y mantas de algodón, blancas, negras y de todas colores, unas grandes, otras pequeñas; unas para cama, otras para capa, otras para colgar, para bragas, camisas, tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas. Tambien hay mantas de hoja de metl y de palma y de pelo de conejos, que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilado de pelos de conejo, telas de algodón, hilaza y madejas blancas y teñidas. La cosa mas de ver es la volatería que viene al mercado; ca, allende que destas aves comen la carne, visten la pluma, y cazan á otras con ellas, son tantas, que no tienen número, y de tantas raleas y colores, que no lo sé decir; mansas, bravas, de rapina, de aire, de agua, de tierra. Lo mas lindo de la plaza es las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color. Y son los indios tan oficiales desto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas tan al propio, que parece lo mismo que ó está vivo ó natural. Y aconteseles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma y mirando á una parte y á otra, al sol, á la sombra, á la vislumbre, por ver si dice mejor á pelo ó contrapelo ó al través, de la haz ó del envés; y en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfeccion. Tanto sufrimiento pocas naciones le tienen, mayormente donde hay cólera, como en la nuestra. El oficio mas primo y artificioso es platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y hundidas con fuego. Un plato ochavado, el un cuarto de oro, y el otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundicion pegado; una calderica, que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta; un pesce con una escama de plata y otra de oro, aun-

que tenga muchas. Vacian un papagayo que se le anda de la lengua, que se le mence la cabeza y las alas. Funden una mona que juegue piés y cabeza y tenga en las manos un huso, que parezca que hila, ó una manzana, que parezca que come. Y lo tuvieron á mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor. Esmaltan asimesmo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujeran perlas; pero no tan bien como por acá. Pues tornando al mercado, hay en él mucha pluma, que vale mucho; oro, plata, cobre, plomo, laton y estaño, aunque de los tres metales postreros es poco; perlas y piedras, muchas. Mil maneras de conchas y caracoles pequeños y grandes. Huesos, chinas, esponjas y menudencias otras. Y cierto que son muchas y muy diferentes y para reir las bujerías, los melindres y dijés destos indios de Méjico. Hay que mirar en las yerbas y raíces, hojas y simientes que se venden, así para comida como para medicina; ca los hombres y mujeres y niños conocen mucho en yerbas, porque con la pobreza y necesidad las buscan para comer y guarescer de sus dolencias, que poco gastan en médicos, aunque los hay, y muchos boticarios, que sacan á la plaza unguentos, jarabes, aguas y otras cosillas de enfermos. Casi todos sus males curan con yerbas; que aun hasta para matar los piojos tienen yerba propia y conocida. Las cosas que para comer venden no tienen cuenta. Pocas cosas vivas dejan de comer. Culebras sin cola ni cabeza, perrillos que no guañen, castrados y cebados; topos, lirones, ratones, lombrices, piojos y aun tierra; porque con redes de malla muy menuda abarren en cierto tiempo del año una cosa molida que se cria sobre la agua de las lagunas de Méjico, y se cuaja, que ni es yerba ni tierra, sino como cieno. Hay dello mucho y cogen mucho; y en eras, como quien hace sal, lo vacian, y allí se cuaja y seca. Háculo tortas como ladrillos, y no solo las venden en el mercado, mas llévanlas tambien á otros fuera de la ciudad y léjos. Comen esto como nosotros el queso, y así tiene un saborillo de sal, que con chilimolli es sabroso. Y dicen que á este cebo vienen tantas aves á la laguna, que muchas veces por invierno la cubren por algunas partes. Venden venados enteros y á cuartos; gamas, liebres, conejos, tuzas, que son menores que no ellos; perros, y otros, que guañen como ellos y que llaman cuzatli. En fin, muchos animales destos así, que crian y cazan. Hay tanto del bodegon y casillas de mal cocinado, que espanta dónde se hunde y gasta tanta comida guisada y por guisar como habia en ellas. Carne y pescado asado, cocido en pan, pasteles, tortillas de huevos de diferentes aves. No hay número en el mucho pan cocido y en grano y espiga que se vende, juntamente con habas, frísoles y otras muchas legumbres. No se pueden contar las muchas y diferentes frutas de las nuestras que aquí se venden cada mercado, verdes y secas. Pero la mas principal y que sirve de moneda son unas como almendras, que ellos llaman cacauatl, y los nuestros cacao, como en las islas Cuba y Haití. No es de olvidar la mucha cantidad y diferencias que venden de colores que acá tenemos y de otros muchos y buenos que carecemos, y ellos hacen de hojas de rosas, flores, frutas, raíces, cortezas, piedras, madera y otras cosas que no se pue-

den tener en la memoria. Hay miel de abejas, de centli, que es su trigo, de metl y otros árboles y cosas, que vale mas que arroyo. Hay aceite de chian, simiente que unos la comparan á mostaza, y otros á zaragatona, con que untan las pinturas porque no las dañe el agua. Tambien lo hacen de otras cosas. Guisan con él y untan, aunque mas usan manteca, sain y sebo. Las muchas maneras que de vino hacen y venden, en otro cabo se dirán. No acabaria si hubiese de contar todas las cosas que tienen para vender, y los oficiales que hay en el mercado, como son estuferos, barberos, cuchilleros y otros, que muchos piensan que no los habia entre estos hombres de nueva manera. Todas estas cosas que digo, y muchas que no sé, y otras que callo, se venden en cada mercado destos de Méjico. Los que venden pagan algo del asiento al Rey, ó por alcabala ó porque los guarden de ladrones; y así, andan siempre por la plaza y entre la gente unos como alguaciles. Y en una casa, que todos los ven, están doce hombres ancianos, como en judicatura, librando pleitos. La venta y compra es trocando una cosa por otra; este da un gallpavo por un hace de maíz; el otro da mantas por sal ó á dinero, que es almendras de cacauatl, y que corre por tal por toda la tierra; y desta guisa pasa la harateria. Tienen cuenta, porque por una manta ó gallina dan tantos cacaos. Tienen medida de cuerda para cosas como centli y pluma, y de barro para otras como miel y vino. Si las falsan, penan al falsario y quiebran las medidas.

El templo de Méjico.

Al templo llaman teucalli, que quiere decir casa de Dios, y está compuesto de teult, que es Dios, y de calli, que es casa; vocablo harto propio, si fuera Dios verdadero. Los españoles que no saben esta lengua llaman cues á los templos, y á Vitcilopuctli Uchilobos. Muchos templos hay en Méjico, por sus parrochias y barrios, con torres, en que hay capillas con altares, donde están los ídolos é imágenes de sus dioses; las cuales sirven de enterramientos para los señores cuyas son, que los demás en el suelo se entierran al rededor y en los patios. Todos son de una hechura, ó casi; y por tanto, con decir del mayor bastará para entenderse; y así como es general en toda esta tierra, así es nueva manera de templos, y creo que ni vista ni oída sino aquí. Tiene este templo su sitio cuadrado. De esquina á esquina hay un tiro de ballesta. La cerca de piedra con cuatro puertas, que responden á las calles principales que vienen de tierra por las tres calzadas que dije, y por otra parte de la ciudad que no tiene calzada, sino muy buena calle. En medio deste espacio está una cepa de tierra y piedra maciza, esquinada como el patio, ancha de un canton á otro cincuenta brazas. Como sale de tierra y comienza á crecer el monton, tiene unos grandes relejes. Quanto mas la obra cresce, tanto mas se estrecha la cepa y disminuyen los relejes; de manera que parece pirámide como las de Egipto, sino que no se remata en punta, sino en llano y en un cuadro de hasta ocho ó diez brazas. Por la parte de hácia poniente no lleva relejes, sino gradas para subir arriba á lo alto, que cada una dellas alza la subida un buen palmo. Y eran todas ellas ciento y trece ó ciento y catorce gra-

das, que como eran muchas y altas y de gentil piedra, parecia muy bien. Y era cosa de mirar ver subir y bajar por allí los sacerdotes con alguna cerimonia ó con algun hombre para sacrificar. En aquello alto hay dos muy grandes altares, desviado uno de otro, y tan juntos á la orilla y bordo de la pared, que no quedaba mas espacio de cuanto un hombre pudiese holgadamente andar por detrás. El uno destos altares está á la mano derecha, y el otro á la izquierda. No eran mas altos que cinco palmos. Cada uno dellos tenia sus paredes de piedra por sí pintadas de cosas feas y monstruosas. Y su capilla muy linda y bien labrada de masonería de madera. Y tenia cada capilla tres sobrados, uno encima de otro, y cada cual bien alto y hecho de artesones; á cuya causa se empinaba mucho el edificio sobre la pirámide, y quedaba hecha una muy grande torre y muy vistosa, que se parecia de muy léjos. Y della se miraba y contemplaba muy á placer toda la ciudad y laguna con sus pueblos, que era la mejor y mas hermosa vista del mundo. Y porque la viesan Cortés y los otros españoles, los subió arriba Moteczuma cuando les mostró el templo. Del remate de las gradas hasta los altares quedaba una placeta, que hacia anchura harta á los sacerdotes para celebrar los oficios muy á placer y sin embarazo. Todo el pueblo miraba y oraba hácia do sale el sol, que por eso hacen sus templos mayores así. Y en cada altar de aquellos dos habia un ídolo muy grande. Sin esta torre que se hace con las capillas sobre la pirámide, habia otras cuarenta ó mas torres pequeñas y grandes en otros teucallis chicos, que están en el mismo circuíto del mayor; los cuales, aunque eran de la mesma hechura, no miran al oriente, sino á otras partes del cielo, por diferenciar al templo mayor. Unos eran mayores que otros, y cada uno de diferente dios. Y entre ellos habia uno redondo, dedicado al dios del aire, dicho Quezalcoatl; porque así como el aire anda al rededor del cielo, así le hacian el templo redondo; la entrada del cual era por una puerta hecha como boca de serpiente, y pintada endiabladamente. Tenia los colmillos y dientes de bulto relevados, que asombraba á los que allá entraban, en especial á los cristianos, que se les representaba el infierno en verla delante. Otros teucallis ó cues habia en la ciudad, que tenían las gradas y subida por tres partes, y algunos que tenían otros pequeños en cada esquina. Todos estos templos tenían casas por sí con todo servicio, y sacerdotes aparte, y particulares dioses. A cada puerta de las cuatro del patio del templo mayor hay una sala grande con sus buenos aposentos al rededor, altos y bajos. Estaban llenos de armas, ca eran casas públicas y comunes; que las fortalezas y fuerzas de cada pueblo son los templos, y por eso tienen en ellos la municion y almacen. Habia otras tres salas á la par con sus azoteas encima, altas, grandes, las paredes de piedras pintadas, el teguillo de madera é imaginaria, con muchas capillas ó cámaras de muy chicas puertas y oscuras allá dentro, donde están infinitísimos ídolos grandes y pequeños, y de muchos metales y materiales. Están todos bañados en sangre y negros, de como los untan y rocían con ella cuando sacrifican algun hombre. Y aun las paredes tienen una costra de sangre dos dedos en alto, y los suelos un pal-

mo. Hieden pestilencialmente, y con todo esto entran en ellas cada dia los sacerdotes; y no dejan entrar allá sino á grandes personas, y aun han de ofrescer algun hombre que maten allí. Para lavarse los sayones y ministros del demonio de la sangre de los sacrificados, y para regar y para servicio de las cocinas y gallinas, hay un gran estanque, el cual se hinche de un caño que viene de la fuente principal que beben. Todo lo al del sitio grande y cuadrado, que está vacío y descubierto, es corrales para criar aves, é jardines de yerbas, árboles olorosos, rosales y flores para los altares. Tal y tan grande y tan extraño templo como dicho es era este de Méjico, que para sus falsos dioses tenían los engañados hombres. Residen en él á la continua cinco mil personas, y todas duermen dentro, y comen á su costa dél, que es riquísimo; porque tiene muchos pueblos para su fábrica y reparos, que son obligados á tenerlo siempre en pié; y que de concejo siembran, cogen y mantienen toda esta gente de pan y frutas y de carne y pescado, y de leña cuanta es menester, y es menester mucha, y harta mas que en palacio. Y aun con toda esta carga, vivian mas descansados, y en fin, como vasallos de los dioses, segun ellos decian. Moteczuma llevó á Cortés á este templo para que los españoles lo viesen, y por mostrarles su religion y santidad, de la cual hablarémos en otra parte muy largo, que es la mas extraña y cruel que jamás oistes.

De los ídolos de Méjico.

Los dioses de Méjico eran dos mil, á lo que dicen. Pero los principalísimos se llaman Vitcilopuchtli y Tezcatlipuca; cuyos ídolos estaban en lo alto del teucalli sobre los dos altares. Eran de piedra, y del gordor, altura y tamaño de gigante. Estaban cubiertos de nácar, y encima muchas perlas, piedras y piezas de oro engastadas con engrudo de zacotl, y aves, sierpes, animales, pesces y flores, hechas á lo músico, de turquesas, esmeraldas, calcidonias, amatistas y otras pedrecicas finas que hacian gentiles labores, descubriendo el nácar. Tenian por cinta sendas culebras de oro gordas, y por collares cada diez corazones de hombres de oro, y sendas máscaras de oro con ojos de espejo, y al colodrillo gestos de muerto; todo lo cual tenia sus consideraciones y entendimiento. Ambos eran hermanos: Tezcatlipuca, dios de la providencia, y Vitcilopuchtli, de la guerra, que era mas adorado y tenido que todos los otros. Otro ídolo grandísimo estaba sobre la capilla de aquellos ídolos susodichos, que, segun algunos dicen, era el mayor y mejor de sus dioses, y era hecho de cuantos géneros de semillas se hallan en la tierra, y que se comen, y aprovechan de algo, molidas y amasadas con sangre de niños inocentes y de niñas vírgines sacrificadas, y abiertas por los pechos para ofrecer los corazones por primicia al ídolo. Consagrabanlo con grandísima pompa y cerimonias los sacerdotes y ministros del templo. Toda la ciudad y tierra se hallaba presente á la consagracion, con regocijo y devocion inereible, y muchas personas devotas llegaban á tocar el ídolo después de bendecido con la mano, y á meter en la masa piedras preciosas, tejuelos de oro y otras joyas y arreos de sus cuerpos. Después desto ningun seglar

podia, ni aun le dejaban tocar, ni entrar á su capilla, ni tampoco los religiosos, si no eran tlamacaztli, que es sacerdote. Renovábanlo de tiempo á tiempo, y desmenzaban el viejo; y beato el que podia haber un pedazo dél para reliquias y devociones, especial soldados. Tambien bendecian entonces, juntamente con el ídolo, cierta vasija de agua con otras muchas cerimonias y palabras, y guardábanla al pié del altar muy religiosamente para consagrar al Rey cuando se coronaba, y para bendecir al capitán general cuando lo elegian para alguna guerra, dándole á beber della.

El osario que los mejicanos tenían para remembranza de la muerte.

Fuera del templo, y en frente de la puerta principal, aunque mas de un grande tiro de piedra, estaba un osar de cabezas de hombres presos en guerra y sacrificados á cuchillo; el cual era á manera de teatro, mas largo que ancho, de cal y canto, con sus gradas, en que estaban engeridas entre piedra y piedra calavernas con los dientes hácia fuera. A la cabeza y pié del teatro habia dos torres hechas solamente de cal y cabezas de los dientes afuera; que como no llevaban piedra ni otra materia, á lo menos que se viese, estaban las paredes extrañas y vistosas. En lo alto del teatro habia setenta ó mas vigas altas, apartadas unas de otras cuatro palmos ó cinco, y llenas de palos cuanto cabian de alto abajo, dejando cierto espacio entre palo y palo. Estos palos hacian muchas aspás por las vigas, y cada tercio de aspa ó palo tenia cinco cabezas ensartadas por las sienes. Andrés de Tapia, que me lo dijo, y Gonzalo de Umbria, las contaron un dia, y hallaron ciento y treinta y seis mil calavernas en las vigas y gradas. Las de las torres no pudieron contar. Cruel costumbre, por ser de cabezas de hombres degollados en sacrificio, aunque tiene apariencia de humanidad por la memoria que pone de la muerte. Tambien hay personas diputadas para que, en cayéndose una calaverna, pongan otra en su lugar, y así nunca faltase aquel número.

Prision de Moteczuma.

Seis dias que Fernando Cortés y los españoles estuvieron mirando la ciudad y los secretos della, y cosas notables que dicho habemos, y otras que después diremos, fueron muy visitados de Moteczuma y de su corte y caballería, y otras gentes, y muy cumplidamente proveidos, como el primer dia, y ni mas ni menos los indios compañeros y los caballos, que les daban alcacer é yerba fresca, que la hay todo el año; harina, grano, rosas, y cuanto mas sus dueños pedian; y aun les hacian las camas de flores. Mas empero, aunque eran así regalados y se tenían por muy ufanos con estar en tan rica tierra, donde podian henchar las manos, no estaban contentos ni alegres todos, sino algunos con miedo y muy cuidadosos. Especial Cortés, á quien, como á caudillo y cabeza, tocaba velar y guardar sus compañeros; el cual andaba muy pensativo, viendo el sitio, gente y grandeza de Méjico y algunas congojas de muchos españoles que le venian con nuevas de la fortaleza y red en que metidos estaban, pareciéndoles ser imposible escapar hombre dellos el dia que á Moteczuma se le antojase, ó se revolviere la ciudad, con no mas de tí-

rarles cada vecino su piedra, ó rompiendo las puentes de la calzada, ó no les dando de comer; cosas harto fáciles para los indios. Así que, pues con el cuidado que tenia de guardar sus españoles, de remediar aquellos peligros y atajar inconvenientes para sus deseos, acordó prender á Moteczuma y hacer cuatro fustas para sojuzgar la laguna y barcas, si algo fuese, como ya traia pensado, á lo que yo creo, antes de entrar, considerando que los hombres en agua son como peces en tierra, y que sin prender al Rey no tomarian el reino, y bien quisiera hacer luego las fustas, que era fácil cosa; mas por no alargar la prision, que era lo principal y el toque del negocio todo, las dejó para después, y determinó, sin dar parte á nadie, prenderlo luego. La ocasion ó achaque que para ello tuvo fué la muerte de nueve españoles que Cualpopoca mató, y la osadía, haber escrito al Emperador que lo prenderia, y querer apoderarse de Méjico y de su imperio. Tomó pues las cartas de Pedro de Hircio, que contaban la culpa de Cualpopoca en la muerte de los nueve españoles, para las mostrar á Moteczuma. Leyólas, y metióselas en la faltriquera, y paseóse un gran rato solo, y cuidadoso de aquel gran hecho que emprendia, y que aun á él mismo le parecia temerario, pero necesario para su intento. Andando así paseando, vió una pared de la sala mas blanca que las otras; llegóse á ella, y conosció que estaba recién encalada, y que era una puerta de poco tiempo con piedra y cal. Llamó dos criados, que los demás ya, como era gran noche, dormian. Hízola abrir, entró, halló muchas cámaras, y en algunas mucha cantidad de ídolos, plumajes, joyas, piedras, plata, y tanto oro, que lo espantó, y tantas gentilezas, que se maravilló. Cerró la puerta lo mejor que pudo, y fué sin tocar á cosa ninguna de todo ello, por no escandalizar á Moteczuma, no se estorbare por eso su prision, y porque aquello en casa se estaba. Otro dia por la mañana vinieron á él ciertos españoles, con muchos indios de Tlaxcallan, á decirle cómo los de la ciudad tramaban de los matar, y querian quebrar las puentes de las calzadas para mejor hacerlo. Así que con estas nuevas, falsas ó verdaderas, deja para recaudo y guarda de su aposento la mitad de los españoles, pone por las encrucijadas de las calles muchos otros, y á los demás dice que de dos en dos, y tres á cuatro, ó como mejor les pareciere, se vayan á palacio muy disimuladamente, que quiere hablar á Moteczuma sobre cosas que les va las vidas. Ellos lo hicieron así, y él fuése derecho á Moteczuma con armas secretas, que así iban los que las tenían. Moteczuma lo salió á recibir, y metiólo en una sala, donde tenia su estrada. Entraron con él allá hasta treinta españoles; los demás quedaron á la puerta y en el patio. Saludóle Cortés segun acostumbraba, y luego comenzó á burlar y tener palacio, como otras veces solia. Moteczuma, que muy descuidado, y sin pensamiento de lo que fortuna ordenado tenia, estaba, y muy alegre y contento de aquella conversacion, dió á Cortés muchas joyas de oro y una hija suya, y otras hijas de señores para otros españoles. Él las tomó por no descontentarle, que le fuera afrenta á Moteczuma si no lo hiciera así; mas dijole que era casado y no la podia tomar por mujer; ca su ley de cristianos no permitia que nadie tuviese mas

de una sola mujer, so pena de infamia y señal en la frente por ello. Después de todo esto, mostróle las cartas de Pedro de Hircio, que llevaba, y hizóselas declarar, quejándose de Cualpopoca, que habia muerto tantos españoles, y dél mismo, que lo habia mandado, y de que los suyos publicasen que querian matar los españoles y romper las puentes. Moteczuma se desculpó reciamente de lo uno y de lo otro, diciendo que era mentira lo de sus vasallos, y falsedad muy grande que aquel malo de Cualpopoca le levantaba; y porque viese que era así, llamó luego á la hora, con la saña que tenia, ciertos criados suyos, mandóles que fuesen á llamar á Cualpopoca, y dióles una piedra, como sello, que traia al brazo y que tenia la figura de Vitcilopuchtli. Los mensajeros se partieron luego al momento, y Cortés le dijo: «Mi señor, conviene que vuestra alteza se vaya conmigo á mi aposento, y esté allá hasta que los mensajeros tornen, y traigan á Cualpopoca y la claridad de la muerte de mis españoles; que allá seréis tratado y servido y mandaréis como aquí. No tengais pena; que yo miraré por vuestra honra y persona como por la propia mia ó por la de mi rey; y perdonadme que lo haga así, ca no puedo hacer al; que si disimulase con vos, estos que conmigo vienen se enojarian de mí, que no los amparo y defiendo. Así que mandad á los vuestros que no se alteren ni rebullan, y sabed que cualquiera mal que nos viniere lo pagará vuestra persona con la vida, pues está en vuestra boca ir callando y sin alborotar la gente.»

Mucho se turbó Moteczuma, y dijo con toda gravedad: «No es persona la mia para estar presa, é ya que lo quisiese yo, no lo sufririan los míos.» Cortés replicó, y él tambien, y así estuvieron ambos mas de cuatro horas sobre esto, y al cabo dijo que iria, pues habia de mandar y gobernar. Mandó que le aderezasen muy bien un cuarto en el patio y casa de los españoles, y fué allí con Cortés. Vinieron muchos señores, quitáronse las ropas, pusieronlas so el brazo, y descalzos y llorando lo llevaron en unas ricas andas. Como se dijo por la ciudad que el Rey iba preso en poder de los españoles, comenzóse de alborotar toda. Mas él consoló á los que lloraban, y mandó á los otros cesar, diciendo que ni estaba preso ni contra su voluntad, sino muy á su placer. Cortés le puso guarda española con un capitán, que la quitaba y ponía cada dia, y nunca faltaban de con él españoles que lo entretenian y regocijaban, y él se holgaba mucho de aquella conversacion, y les daba siempre algo. Era servido allí, como en palacio, de los suyos mismos, y de los españoles tambien, que no veian placer que le no diesen, ni Cortés regalo que no le hiciese, suplicándole de continuo no tuviese pena, y dejándole librar pleitos, despachar negocios y entender en la gobernacion de sus reinos como antes, y hablar público y secretamente con todos cuantos querian de los suyos; que era cebo con que picasen en el anzuelo él y todos sus indios. Nunca griego ni romano ni de otra nacion, después que hay reyes, hizo cosa igual que Fernando Cortés en prender á Moteczuma, rey poderosísimo, en su propia casa, en lugar fortísimo, entre infinidad de gente, no teniendo sino cuatrocientos y cincuenta compañeros.

La caza de Moteczuma.

No solo tenía Moteczuma toda la libertad que digo, estando así preso en casa y poder de los españoles, mas también le dejaba Cortés salir siempre que quería á caza ó al templo, que era hombre devotísimo y cazador. Cuando salía á cazar, iba en andas á hombros de hombres; llevaba ocho ó diez españoles en guarda de la persona, y tres mil mejicanos entre señores, caballeros, criados y cazadores, de que tenía grandísimo número; unos para montar, otros para ojeos, otros para altanería. Los monteros esperaban liebres, conejos y guanacas; tiraban á venados, corzos, lobos, zorros y otros animales, así como coyutles, con arcos, de que diestros son y certeros, especial si eran teuchichimecas, que tienen pena errando el tiro de ochenta pasos abajo. Cuando mandaba cazar á ojeo, era maravilla de ver la gente que se juntaba para ello, y la caza y matanza que á manos, palos, redes y arcos hacían de animales mansos, bravos y espantosos, como leones, tigres, y unas como onzas, que semejan como gatos. Mucho es tomar un león, así por ser peligrosa presa y tener pocas armas y defensa los que lo hacen, aunque mas vale maña que fuerza; empero mucho mas es tomar las aves que van volando por el aire, á ojeo, como hacen los cazadores de Moteczuma; los cuales tienen tal arte y destreza, que toman cualquiera ave, por brava y voladora que sea, en el aire, si el señor lo manda, según aconteció un día destes, que estando con Moteczuma los españoles que lo guardaban, en un corredor, vieron un gavilán, y dijo uno dellos: «¡Oh qué buen gavilán! ¡Quién lo tuviese!» Entonces llamó ciertos criados, que decían ser cazadores mayores, y mandóles que siguiesen aquel gavilán y se le trajesen. Ellos fueron, y pusieron tanta diligencia y maña, que se lo trujeron, y él lo dió á los españoles; cosa que sobra de crédito, mas certificada de muchos por palabras y escrituras. Locura fuera de un tal rey como era Moteczuma, mandar tal cosa, y necesidad de los otros obedecerle, si no lo pudieran ó supieran hacer; si ya no decimos que lo hizo por demostración de grandeza y vanagloria, y los cazadores mostrasen otro gavilán bravo, y jurasen ser aquel mismo que tomarles mandara. Si ello es verdad, como afirman, antes lo aría yo á quien lo tomó que no al que lo mandó. El mayor pasatiempo destas salidas era la caza de altanería, que hacían de garzas, milanos, cuervos, picazas y otras aves, recias y flojas, grandes y chicas, con águilas, buitres y otras aves de rapiña, suyas y nuestras, que volaban á las nubes, y algunas que matan liebres y lobos, y como dicen, ciervos. Otros andaban á volatería con redes, losas, lazos, señuelos y otros ingenios, y Moteczuma tiraba bien con arco á fieras, y con cebratana, de que era muy gran tirador y certero, á pájaros. Las casas á do iba eran de placer, y los bosques que dije, y fuera de la ciudad dos leguas por lo menos; y aunque algunas veces hacía fiesta y banquete allá á los españoles y señores que con él iban, nunca dejaba de tornar la noche á dormir á casa de Cortés, ni de dar algo á los españoles que le habían acompañado aquel día; y como Cortés viese con cuánta franqueza y alegría hacia mercedes, díjole que los españoles eran traviesos, y habían escudriñado la casa, y tomado cierto oro y otras cosas

que hallaron en unas cámaras; que viese lo que mandaba hacer dello; y era lo que él descubrió. El dijo liberalmente: «Eso es de los dioses de la ciudad; mas dejad las plumas y cosas que no son de oro ni plata, y lo al tomadlo para vos y para ellos; y si mas quereis, mas os daré.»

Cómo Cortés comenzó á derrocar los ídolos de Méjico.

Cuando Moteczuma iba al templo, era las mas veces á pié, arrimado á uno, ó entre dos, que lo llevaban de los brazos, y un señor delante con tres varas en la mano, delgadas y altas, como que mostraban ir allí la persona del Rey, ó en señal de justicia y castigo. Si iba en andas, tomaba una de aquellas varas en su mano en abajando dellas; y si á pié, creo que la llevaba siempre, como ceptro. Era muy cerimonioso en todas sus cosas y servicio; pero lo mas substancial ya está dicho desde que Cortés entró en Méjico hasta aquí. Los primeros días que los españoles llegaron, y siempre que Moteczuma iba al templo, mataban hombres en el sacrificio, y porque no hiciesen tal crueldad y pecado en presencia de españoles que tenían de ir allá con él, avisó Cortés á Moteczuma que mandase á los sacerdotes no sacrificasen cuerpo humano, si quería que no le asolase el templo y la ciudad; y aun le previno cómo quería derribar los ídolos delante dél y de todo el pueblo. Mas él le dijo que no curase dello; que se alborotarian y tomarían armas en defensa y guarda de su antigua religion y dioses buenos, que les daban agua, pan, salud y claridad, y todo lo necesario. Fueron pues Cortés y los españoles con Moteczuma la primera vez que después de preso salió al templo; y él por una parte y ellos por otra, comenzaron en entrando á derrocar los ídolos de las sillas y altares en que estaban, por las capillas y cámaras. Moteczuma se turbó reciamente, y se azoraron los suyos muy mucho, con ánimo de tomar armas y matarlos allí. Mas empero Moteczuma les mandó estar quedos, y rogó á Cortés que se dejase de aquel atrevimiento. El lo dejó, ca le pareció que aun no era sazón ni tenía el aparejo necesario para salir con lo intentado; pero díjoles así con los intérpretes:

La plática que hizo Cortés á los de Méjico sobre los ídolos.

«Todos los hombres del mundo, muy soberano Rey, y nobles caballeros y religiosos, ora vosotros aquí, ora nosotros allá en España, ora en cualquiera otra parte, que vivan dél, tienen un mismo principio y fin de vida, y traen su comienzo y linaje de Dios, casi con el mismo Dios. Todos somos hechos de una manera de cuerpo, de una igualdad de ánima y de sentidos; y así, todos sin duda ninguna somos, no solo semejantes en el cuerpo y alma, mas aun también parientes en sangre; empero acontese, por la providencia de aquel mismo Dios, que unos nazcan hermosos y otros feos; unos sean sabios y discretos, otros necios, sin entendimiento, sin juicio ni virtud; por donde es justo, santo y muy conforme á razon y á la voluntad de Dios, que los prudentes y virtuosos enseñen y doctrinen á los ignorantes, y quien á los ciegos y que andan errados, y los metan en el camino de salvación por la vereda de la verdadera religion. Yo pues, y mis compañeros, vos

deseamos y procuramos tanto bien y mejoría, cuanto mas el parentesco, amistad y el ser vuestros huéspedes; cosas que á quien quiera y donde quiera, obligan, nos fuerzan y constriñen. En tres cosas, como ya sabréis, consiste el hombre y su vida: en cuerpo, alma y bienes. De vuestra hacienda, que es lo menos, ni queremos nada, ni hemos tomado sino lo que nos habeis dado. A vuestras personas ni á las de vuestros hijos ni mujeres, no habemos tocado, ni aun queremos; el alma solamente buscamos para su salvación; á la cual agora pretendemos aquí mostrar y dar noticia entera del verdadero Dios. Ninguno que natural juicio tenga, negará que hay Dios; mas empero por ignorancia dirá que hay muchos dioses, ó no atinará al que verdaderamente es Dios. Mas yo digo y certifico que no hay otro Dios sino el nuestro de cristianos; el cual es uno, eterno, sin principio, sin fin, criador y gobernador de lo criado. El solo hizo el cielo, el sol, la luna y estrellas, que vosotros adorais; él mesmo crió la mar con los peces, y la tierra con los animales, aves, plantas, piedras, metales, y cosas semejantes, que ciegameamente vosotros tenéis por dioses. El asimesmo, con sus propias manos, ya después de todas las cosas criadas, formó un hombre y una mujer; y formado, le puso el alma con el soplo, y le entregó el mundo, y le mostró el paraíso, la gloria y á sí mesmo. De aquel hombre pues y de aquella mujer venimos todos, como al principio dije; y así, somos parientes, y hechura de Dios, y aun hijos; y si queremos tornar al Padre, es menester que seamos buenos, humanos, piadosos, inocentes y corregibles; lo que no podeis vosotros ser si adorais estatuas y matais hombres. ¿Hay hombre de vosotros que querría le matasen? No por cierto. Pues ¿por qué matais á otros tan cruelmente? Donde no podeis meter alma, ¿para qué la sacais? Nadie hay de vosotros que pueda hacer ánimas ni sepa forjar cuerpos de carne y hueso; que si pudiese, no estaria ninguno sin hijos, y todos terrian cuantos quisiesen y como los quisiesen, grandes, hermosos, buenos y virtuosos; empero, como los da este nuestro Dios del cielo que digo, dalos como quiere y á quien quiere; que por eso es Dios, y por eso le habeis de tomar, tener y adorar por tal, y porque llueve, serena y hace sol, con que la tierra produzca pan, fruta, yerbas, aves y animales para vuestro mantenimiento. No os dan estas cosas, no las duras piedras, no los maderos secos, no los frios metales ni las menudas semillas de que vuestros mozos y esclavos hacen con sus manos sucias estas imágenes y estatuas feas y espantosas, que vanamente adorais. ¡Oh qué gentiles dioses, y qué donosos religiosos! Adorais lo que hacen manos que no comeréis lo que guisan ó tocan. ¿Creeis que son dioses lo que se pudre, carcome, envejece y sentido ninguno tiene? ¿Lo que ni sana ni mata? Así que no hay para qué tener mas aquí estos ídolos, ni se hagan mas muertes ni oraciones delante dellos, que son sordos, mudos y ciegos. ¿Quereis conocer quién es Dios, y saber dónde está? Alzad los ojos al cielo, y luego entenderéis que está allá arriba alguna deidad que mueve el cielo, que rige el curso del sol, que gobierna la tierra, que bastece la mar, que provee al hombre y aun á los animales de agua y pan. A este Dios

HA.

pues, que agora imagináis allá dentro en vuestros corazones, á ese servid y adorad, no con muerte de hombres ni con sangre ni sacrificios abominables, sino con sola devoción y palabras, como los cristianos hacemos; y sabed que para enseñaros esto venimos acá.»

Con este razonamiento aplacó Cortés la ira de los sacerdotes y ciudadanos; y con haber ya derribado los ídolos, antuviándose, acabó con ellos; otorgando Moteczuma que no tornasen á los poner, y que barriesen y limpiasen la sangre hedionda de las capillas, y que no sacrificasen mas hombres, y que le consintiesen poner un crucifijo y una imagen de santa María en los altares de la capilla mayor, adonde suben por las ciento y catorce gradas que dije. Moteczuma y los suyos prometieron de no matar á nadie en sacrificio, y de tener la cruz é imagen de nuestra Señora, si les dejaban los ídolos de sus dioses que aun derribados no estaban, en pié; y así lo hizo él, y lo cumplieron ellos, porque nunca después sacrificaron hombre, á lo menos en público ni de manera que españoles lo supiesen; y pusieron cruces é imágenes de nuestra Señora y de otros santos entre sus ídolos. Pero quedóles un odio y rencor mortal con ellos por esto, que no pudieron disimular mucho tiempo. Mas honra y prez ganó Cortés con esta hazaña cristiana que si los venciera en batalla.

Quema del señor Cualpopoca y de otros caballeros.

Veinte dias andados después que Moteczuma fué preso, volvieron aquellos sus criados que habían ido con su mandato y sello, y trajeron á Cualpopoca y á un hijo suyo, y otras quince principales personas, que, según hallaron por pesquisa, eran culpados y participantes en consejo y muerte de los españoles. Entró Cualpopoca en Méjico acompañado como gran señor que era, y en unas ricas andas que traían á hombros criados y vasallos suyos; y luego que habló á Moteczuma, fué entregado á Cortés con el hijo y los quince caballeros. El los apartó y examinó estando con prisiones, y ellos confesaron que habían muerto los españoles en batalla. Preguntado Cualpopoca si era vasallo de Moteczuma, respondió: «¿Pues hay otro señor de quien poderlo ser?» Casi diciendo de no. Cortés le dijo: «Muy mayor es el rey de los españoles que vos matastes sobre seguro y á traición; y aquí lo pagaréis.» Examináronse otra vez con mas rigor, y entonces todos á una voz confesaron cómo ellos habían muerto dos españoles, tanto por aviso é inducimiento del gran señor Moteczuma, como por su motivo; y á los otros en la guerra que le fueron á dar en su casa y tierra, donde licitamente les pudieron matar. Cortés, por la confesion que de la culpa hicieron con su propia boca, los sentenció y condenó á quemar; y así, se quemaron públicamente en la plaza Mayor, delante todo el pueblo, sin haber ningún escándalo, sino todo silencio y espanto de la nueva manera de justicia que veían ejecutar en señor tan principal y en reino de Moteczuma, á hombres extranjeros y huéspedes.

La causa de quemar á Cualpopoca.

Mandó Cortés á Pedro de Hircio que procurase de poblar donde agora es Almería, porque Francisco de